

LA MISIÓN: UN DESAFÍO PERMANENTE

[Primera parte]

-Carlos Collantes Díez, SX-

“La Iglesia expresa el mensaje cristiano con los conceptos y en la lengua de cada pueblo... Así en todos los pueblos se hace posible expresar el mensaje cristiano de modo apropiado a cada uno de ellos y se fomenta un vivo intercambio entre la Iglesia y las diversas culturas”. (GS 44)

No es fácil hablar de la “*missio ad gentes*” en un mundo sometido a profundos cambios que nos afectan. Hay quienes lo consideran de “épocas pasadas”.

1.- INCERTIDUMBRES Y BÚSQUEDAS

Nuestro contexto de cambios acelerados hace que las fronteras y espacios definidos se trastocuen. Es un mundo sin fronteras. Nuestro contexto histórico vive un proceso de globalización en dimensiones económicas, políticas, culturales e ideológicas. Y nos vemos confrontados con la inequidad social y sus efectos (EG 52-60).

La globalización es ambivalente: hace posible nuevas relaciones, pero también fragmenta. ¿Cómo se relaciona este aspecto de globalización con la “*missio ad gentes*”?

Otro fenómeno es el pluralismo cultural y religioso en sociedades cada vez más multiculturales. Añadamos a estos dos procesos los flujos migratorios, con frecuencia, forzados. Además, la visión del hombre que vehicula el neoliberalismo con su poderío mediático se opone a la antropología evangélica. Y también el drama ecológico de nuestra casa común.

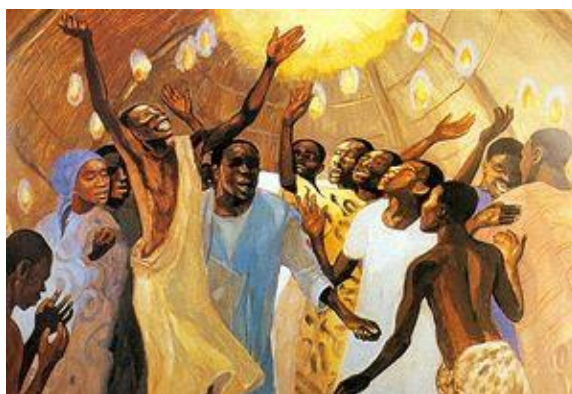
Todo este complejo nos sumerge en clima de incertidumbre y en búsqueda de nuevos paradigmas para responder a los retos y desafíos como nuevas oportunidades.

2.- ENCUENTRO CON EL RESUCITADO:

La misión no cambia su dinamismo fruto del encuentro con el Resucitado, fuente de alegría, de la acogida de su Palabra y de su Envío; al igual que él ha vivido el envío hecho por el Padre (Jn.20,19-23). El Papa Francisco nos lo recuerda en el Capítulo V *“Evangelizadores con espíritu”* en la exhortación *“La alegría de le Evangelio”*.

Nuestra misión es hacer visible la Vida (1Jn 1,1-4). El encuentro contemplativo y renovado con el Verbo encarnado nos hace descubrir el necesario anuncio-testimonio de quienes se han dejado alcanzar y transformar por el Verbo encarnado, por Jesús. Del encuentro brota la misión: transfigurar lo humano en divino, todo recapitulado en Cristo.

La urgencia misionera se apoya en la fe como amistad con el Señor. Con la exigencia de salir del cenáculo donde estemos encerrados. Salir y ofrecer el Evangelio como *“bien que humaniza”*, una vida nueva (EG 264)



3.- PARADIGMAS Y CAMBIOS

En este mundo de cambios acelerados, incertidumbres y riesgos e injusticias, necesitamos retomar el mismo fervor apostólico de las primeras comunidades cristianas que, pequeñas, fueron capaces de difundir el Evangelio mediante el anuncio y testimonio. ***“Constituyámonos en todas las regiones de la tierra en un estado permanente de misión”*** (EG 25-27). La *“missio ad gentes”* ha cambiado. El Evangelio es el mismo. Nuestro pensar y vivir la misión cambian. Una salvación individualizada en el más allá, hoy la entendemos y referimos a la persona entera y como pueblo, como humanidad con repercusiones en una vida digna, justa, fraterna, solidaria.

En términos evangélicos hablamos de Reino de Dios, de acogerlo, de colaborar y trabajar por su presencia y llegada hasta nosotros en medio de la humanidad, con signos de su presencia dentro y fuera del catolicismo; importa la inculturación, el diálogo interreligioso, el compromiso a favor de la justicia, preocupación ecológica. Hay cambios: los países de misión son Iglesias locales; en Europa hay olvido de raíces cristianas. Y tener en cuenta los profundos flujos migratorios que transforman nuestra sociedad.

Hoy hablamos de misión en términos de inserción, inculturación, acogida de *“semillas del Verbo”*. Hablar de quien es *“camino, verdad y vida”*, Jesucristo y de invitación evangélica a la conversión.

Ya el Concilio Vaticano II habla de que el deber misionero *“es único e idéntico en todas partes”* (AG 6). El acento no está en lo territorial o geográfico sino en la situación antropológica. La distinción entre países de misión y vieja cristiandad ha dejado de ser pertinente. Hoy la misión es impartida por toda la Iglesia y es multicultural. Es necesario una lectura guiada por el Evangelio discernir la realidad.

4.- ALGUNAS CERTEZAS TEOLÓGICAS EN EL CONTEXTO ACTUAL

4.1. LA MISSIO DEI DESCUBRIMIENTO SIGNIFICATIVO Y FECUNDO.

Nos permite comprender la misión como un proceso del mismo Dios. Y la Iglesia estamos invitados a insertarnos y participar. La misión es un volcarse de Dios con todo su amor hacia el mundo. Existe la misión porque Dios ama a las personas. La misión puede ser concebida y vivida como el permanente diálogo del Dios-Trinidad con el mundo y con la humanidad. Y la Iglesia lo vive al servicio de este diálogo-comunión-amor. (EG 40).

La unidad en la diversidad es clave para el pluralismo religioso y cultural actual. La misión es el desbordamiento del diálogo, de la comunión del amor trinitario sobre la historia humana y a cuyo servicio la Iglesia se presta.

4.2. PENTECOSTÉS, RECORDATORIO E INTERPELACIÓN PERMANENTE DE UN LENGUAJE COMÚN RESPETUOSO DE LA PLURALIDAD.



Pentecostés es paradigma de un lenguaje común (FE) respetuoso de la pluralidad (Cultura, Lengua...). *“Todos nosotros, judíos y griegos, esclavos y libres, hemos sido bautizados en un mismo Espíritu... y hemos bebido de un solo Espíritu”* (1Cor 12,13/ Gal 3,27)

El Espíritu es fuente de nuevas relaciones humanas. Invita a ir siempre más allá; suprimir barreras y fronteras, con capacidad de escucha, búsqueda y encuentro. Abrirse a lo desconocido para crear algo nuevo, salir de certezas y miedos. Abre puertas y fronteras y ayuda a descubrir que la comunión no es uniformidad. *Redemptoris missio* nos recuerda que el espíritu es el protagonista de la misión de la Iglesia. Brota una relación nueva con culturas y religiones. Su presencia afecta *“...a la sociedad, a la historia, a los pueblos, a las culturas y a las religiones... El Espíritu es el que expande las ‘semillas de la Palabra’ en los ritos y culturas y los prepara para ser madurez en Cristo”* (RM 28).

El Espíritu tiene para cada uno una palabra personalizada. Nos hace a Dios más comprensible, nos familiariza con sus caminos permitiéndonos vivir la comunión en la diversidad.

4.3. LA COMPRENSIÓN TRINITARIA DE LA HISTORIA ENSANCHA Y PROFUNDIZA EL OBJETIVO Y EL HORIZONTE DE LA MISIÓN: EL REINO.

La Iglesia procede de una misión (*la del Padre*) y vive para una misión (*la del Hijo*) acompañada por un dinamismo (*el del Espíritu*).

Redemptoris Missio (29) y *Lumen Gentium* (5) nos indican que la Iglesia está al servicio del Reino. No tanto la extensión de la Iglesia visible en lugares sino la realización del plan salvífico que Jesús llama Reino de Dios, objeto de su predicación (Mc. 1,15)

Este plan abarca a toda la humanidad. Renovar el mundo con su amor, hacer un mundo de justicia, paz, amor, fraternidad. Requiere la conversión personal y transformación social.

La “*Missio Dei*” pide una Iglesia servidora del Reino en relación y colaboración con culturas y religiones; una humanidad reconciliada, armonía entre unidad y diversidad; profundización de los vínculos humanos más allá de la lógica humana natural, “*sacramento de la íntima unión con Dios y de la unidad del todo el género humano*” (LG 1).

La Iglesia no es propietaria de la misión sino servidora. Lo cual significa vivir la misión con más humildad, con clara conciencia de servidores, con cierto “desapego” que no significa con menos entusiasmo o pasión, con serenidad y sosiego. El Señor nos precede, su amor también y está siempre actuando. Y al no ser propietaria deberá ponerse en cuestión con más frecuencia para examinar su fidelidad y capacidad de interpretar los “signos de los tiempos”. Necesitamos discernimiento.

4.4. PLENITUD RECONCILIADORA DE CRISTO: LA UTOPIÁ DE CONVIVENCIA ARMONIOSA

En los Himnos Cristológicos de Efesios (1, 3-10) y Colosenses (1, 15-20) encontramos dos realidades significativas, complementarias y dinámicas: la reconciliación (*tan necesaria para nuestra humanidad en nuestro mundo atravesado por conflictos, heridas, injusticias*), una reconciliación que pasa por la entrega, por la Cruz de Jesucristo; sin una referencia la Cruz la misión no es cristiana. Y, en segundo lugar, la evocación en ambos himnos de la plenitud como anhelo y aspiración personal y colectiva, como un sueño, una utopía que incluye la convivencia armoniosa y que pasa por el Crucificado, el único que hace caer los muros que nos separan. La Cruz asume y expresa el conflicto y la posibilidad de superarlo.

4.5. LA PLURALIDAD CULTURAL: RIQUEZA Y VALOR DE LAS CULTURAS.

Finalmente me refiero a un elemento no estrictamente teológico pero relacionado con la “*missio ad gentes*”. Se trata del reconocimiento explícito por parte de la Iglesia del valor de las culturas y de la pluralidad cultural como una riqueza. Reconocimiento explícito por parte del Concilio Vaticano II (GS 53-56, AG 22). En la misma línea se expresó Pablo VI en *Evangelii Nuntiandi* 20, como invitación e interpelación a superar todo etnocentrismo consciente o larvado.

La diversidad cultural no amenaza la unidad de la Iglesia porque como nos recuerda el Papa Francisco, una sola cultura no agota el misterio de la redención de Cristo (EG 115-118). La encarnación asume toda la riqueza de la condición humana en la pluralidad cultural que encarna lo humano universal y la búsqueda de orientación y de sentido.



(Continuará)